



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12204

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
ora.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 18 DE JULIO DE 1902

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## La verdad en su lugar

Ayer se reunió la Junta de festejos para seguir ocupándose de los detalles de los mismos. Se vió y aprobó el plano de la batalla de flores sobre el cual se han hecho ligeras modificaciones y se habló un poco de un asunto que creíamos que no seguiría ocupando este año la atención de los señores.

Nos referimos á la retreta militar, de cuya supresión se ha dicho si tiene ó no la culpa el presidente de la Junta ó determinado vocal. No ha habido nada de eso. La supresión de la retreta se acordó en una reunión numerosa, por votación nominal que resultó unánime.

Sabido es que á este número del programa concurrían con sus auxilios distintos elementos, auxilios que han sido siempre pecuniarios y han permitido en años anteriores vestir las carrozas. No de otro modo pudieron formar el año pasado en la retreta las de la industria, la agricultura y el comercio, que consumieron una respetable cantidad.

Pero este año no ha habido esos auxilios. El presidente de la comisión municipal de ferias, que lo es á la vez de la Junta de festejos, se impuso del procedimiento seguido los años pasados y á fin de solicitar la ayuda de los gremios convocó á una reunión de síndicos, concurriendo á ella sólo dos personas: un síndico y el empresario de la plaza de loros.

Al primero se le expuso el deseo de la Junta, pero sus gestiones no dieron resultado alguno. Lo mismo ocurrió con otros elementos

que siempre han ayudado. El señor Rosique los vió personalmente y nada pudo recabar.

En vista de tal resultado, en la inmediata reunión de la Junta, cuando ya estaba formado el programa y figuraba en él como festejo indiscutible la retreta, el señor Rosique dió cuenta de los trabajos realizados, de las peticiones hechas y por unanimidad se acordó suprimir el festejo.

Y no cabía hacer otra cosa. El presupuesto no podía cubrir la totalidad de los gastos que ocasionara la retreta y ante esa dificultad hubo que desistir.

Al dar esta explicación de lo ocurrido, no es nuestro ánimo mortificar á nadie. Cada uno es dueño de dar su dinero ó de guardarlo sin que por ello se haga acreedor á la censura. Pero se habla de la retreta. Se dice que la culpa de haberla suprimido es del presidente de la Junta y como sabemos que no es cierto, destruimos el error. Y como asistimos también á la reunión en que se acordó suprimirla, por unanimidad, lo decimos también.

La verdad en su lugar.

## TIJERETAZOS

Aquí va uno de «El Pueblo» de La Unión que en clase de tijeretazo, es de los que llegan al alma:

«De odisea puede calificarse lo sucedido á Francisco García Muñoz, de 58 años de edad, natural de Martos, provincia de Jaén.

Este sujeto ha sido conducido desde su pueblo hasta Murcia por la guardia civil, reclamado por la Audiencia de dicha ciudad.

Al sentarse en el banquillo de los acusados, llegó á saber, no sin grandísimo asombro, que se le acusaba como autor de un

robo insignificante ocurrido aquí en La Unión hace algún tiempo.

Se da el caso de que el García Muñoz no había estado jamás en esta población ni la había visto en el mapa, y los testigos citados por el mismo tribunal declararon que, en efecto, aquel hombre les era totalmente desconocido y no había podido ser autor del hecho de que se trata.

La Audiencia le envió á este juzgado á deshacer el error y ayer mañana fué puesto en libertad.

¿Con las manos en los bolsillos?

Si el pobre hombre no tiene dinero para regresar á su casa lo han perdido.

A bien que le queda el recurso de volver á pié, pidiendo limosna.

Y algo es algo.

Dicen de Madrid:

«Anoche se reunieron los aficionados á la caza y el presidente tuvo necesidad de hacer comparecer al delegado del distrito para que impusiera orden.»

¿Si se querrián cazar los unos á los otros?

Lean, lean ustedes:

«Las muchas personas que durante la noche acuden al nuevo boulevard de la calle de Carranza, se quejan de los atropellos que á diario comete la multitud de gente maleante que allí concurre sin impedirlo la autoridad.

Las señoras son objeto de actos bárbaros.

Anoche hubo que lamentar el robo de un reloj á un caballero, y á dos niñas les arrebataron de las manos los abanicos y varias jóvenes fueron maltratadas, además de haberseles llevado las peinetas que lucían.»

Apuesto doble contra sencillo que al leer ustedes que la autoridad no impide esas barbaridades han creído que eso pasa en el Riff.

Pues no, señores; eso pasa en la corte de las Españas, dicho sea con la vergüenza consiguiente.

Bien dice «La Correspondencia» ocupándose de esto asunto:

«Aquel lugar parece más el Puerto de Arrebatapas que un boulevard de una capital culta.

En cambio los guardias de seguridad impiden á las niñas que jueguen al ino-  
cente juego de la cuerda.»

Pues ya tiene el colega explicado eso que parece abandono y no lo es.

Lo que pasa es que los guardias no pueden dedicarse á varias cosas á tiempo.

Y lo primero es antes; es decir, impedir que salten las niñas.

Y como no les queda tiempo para perseguir á los rateros, no se preocupan de que le roben la luz al lucero del Alba.

¡Oh qué buen país!

## ALGO SOBRE EL ORIGEN

del hábito de fumar

Muchos son los eruditos que han tratado ya de investigar si en los tiempos antiguos era ó no conocida la costumbre de fumar.

Algunos apoyan su contestación afirmativa en descubrimientos antiquísimos que se han hecho en Alemania, Suiza, Francia, Inglaterra y Escocia, de tubitos más ó menos inclinados, en forma de pipa, cuya procedencia prerromana no puede ponerse en duda.

Sin embargo, no bastaría el hallazgo de aquellas «pipas» para desvanecer todas las dudas, sino dispusiéramos de testimonios irrefutables que prueban claramente que en la antigüedad hubo pueblos que, por motivos de salud ó por mero placer, absorbían el humo de ciertas plantas y que, por consiguiente, fumaron.

Herodoto, al relatar la campaña de Ciro contra los «masagetas», habla de los habitantes de las grandes islas del Araxes (río que pasando por el Sur del Cáucaso desemboca en el mar Caspio), en los siguientes términos: «En estas islas viven hombres que, según se dice, se alimentan durante el verano de toda clase de raíces que sacan de la tierra, mientras que recojen la fruta de los árboles, la acuan y la guardan para alimento durante la estación de invierno. Además han encontrado árboles que dan una fruta muy especial; siempre que se reúnen en masa, encienden una gran hoguera, se agrupan alrededor de ella

y echan en las llamas la mencionada fruta. Al aspirar luego el humo y el olor que despiden la fruta quemada, se ponen tan ébrios como los griegos al abusar del vino, y cuanto mayor es la cantidad de fruta que echan al fuego, mayor parece su embriaguez, hasta que acaban por bailar y cantar.

Componio Mela, en su descripción de la Tracia (Chorogr. II, 2, 21) dice: «Varios de las tribus tracias no conocen el vino, pero después de sus fiestas suelen reunirse alrededor de un fuego, en el que echan ciertas semillas, y el humo que estas despiden produce en ellos una alegría rayana en embriaguez.»

Plutarco en su obra sobre los ríos (III, 8) describe una costumbre tracia muy parecida: «A orillas del río Hebrus crece una hierba parecida al orégano; de ella cogen los tracios las puntas, y después de haber hecho su frugal comida, las echan en el fuego y aspiran el humo que producen. Este les embriaga y les hace caer en profundo sueño.»

Por estos tres pasajes comprendemos que las plantas en cuestión producían vapores narcóticos, pero podemos citar otros dos pasajes de la historia natural de Plinio el Viejo (XXI, 116, XXVI, 30), en los cuales se menciona la aspiración de humo producido por la quema de ciertas plantas, como medio curativo. En el primer pasaje Plinio se hace eco de una aseveración del médico Apollodoro, quien había referido en sus escritos una usanza «prodigiosa» de los bárbaros, que consistía en aspirar el humo de cyperus para curar de las enfermedades del bazo.

En el segundo pasaje cuenta Plinio que los bárbaros, para curar la tos ó ciertas enfermedades de la garganta suelen aspirar el humo del *tussilago silvestris*, sirviéndose para ello de un tubito de caña.

De estos pasajes se comprende que, si bien en tiempo de la dominación romana era desconocida la costumbre de fumar, dentro de las provincias romanas, no obstante, conocieron los romanos esta costumbre, imperando en algunos de los pueblos «bárbaros.» Pero el hecho de que ni César, ni Strabon, ni otros historiadores la mencionan, habiéndoles de llamar la

## Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.<sup>a</sup>

196 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Sonríase, me cogió por una oreja y, entre formal y chancero, me preguntó:

—Vamos á ver; dime, ¿sería que Hania te ha trastornado los sesos? Habla, hijo mío: ¿es eso?

—¿Hania..... á mí? Ni por asomo. ¡Tendría que vor!

Menú descoradamente, pero me salió mejor de lo que pudiera haberme imaginado.

—Entonces será Lola Ustrycha, ¿eh?

—Lola Ustrycha es una coqueta.

Mi padre empezó á impacientarse.

—Pues, en definitiva, ¿qué tienes? ¿A qué andas dando vueltas por ahí con ese aire taciturno, como un recata cuando se le ha dado por vez primera la consigna, si no estás enamorado?

—No lo sé, no tengo nada.

Estos interrogatorios que no me escocían ni mi padre, ni la señora de Ives ni el padre Luis, me atormentaban y me hacían cada vez más intratable. Mi trato con todos los de casa había llegado á hacerse en extremo desagradable: ma había vuelto irascible, impetuoso, y me ponía hecho una fiera por una tontería cualquiera.

El sacerdote, que había creído descubrir en eso los rasgos de un carácter despótico, que iba madurándose con los años, miraba sonriendo á mi padre y de oía:

197

HANIA

—Enfermedad de familia.

A pesar de esto, también él perdía á veces la paciencia.

Con frecuencia se producían entre mi padre y esas escenas desagradables. Una vez, estando en la mesa, como se hubiese salido á hablar de aristocracia y democracia, y hubiese llevado yo mi franqueza hasta el punto de declarar que habría preferido mil veces no pertenecer á la nobleza, mi padre me mandó que saliera del comedor. Esto hizo llorar á las mujeres, y durante dos días estuvimos todos de un humor detestable. A decir la verdad, en aquella época, ya no era ni democrático ni aristocrático, sino un enamorado impenitente, y de consiguiente un infeliz. Los principios, las teorías y las ideas sociales, no me producían impresión alguna, y cuando defendía las unas y combatía las otras, únicamente lo hacía por una irascibilidad y un despecho que yo mismo no acertaba á explicarme.

Y otro tanto hacía con el padre Luis, engolfándome con él en discusiones sobre religión, que las más de las veces acababan por volvernos el uno la espalda al otro, y separarnos enfadados.

En una palabra, no solamente me atormentaba á mí mismo, sino que además amargaba la vida de aquellos con quienes vivía; y apenas volvió Selim, pareció que á cada uno de nosotros se le quitaba de

200 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ba en el brazo de él. El la tenía abrazada y la estrechaba contra su pecho lleno de amor y de pasión.

—¡Te amo, Hania, te amo! —repetía apasionadamente, mientras sus labios buscaban los de la joven.

Ella opuso alguna resistencia, como si quisiera librarse de recibir un beso, más al fin sus labios se encontraron, y permanecieron unidos largo rato... ¡Oh, me pareció una eternidad! Hubiérase creído que todo lo que tenían que decirse se lo comunicaban con aquellos besos, porque un sentimiento de pudor les cerraba la boca. Tenían valor suficiente para besarse, y no lo tenían para hablar.

En medio del silencio que reinaba á nuestro alrededor, yo oía la afanosa respiración de entrambos. Me agarré con las manos á los puntales del emparrado, temiendo que á impulsos de mi convulso apretón se hicieran pedazos.

Sentí un vértigo, parecióme que se hundía el suelo bajo mis pies y se nublaron los ojos: más el deseo de oír lo que decían me ayudó á dominar mi flaqueza; mis abrasados labios aspiraban el fresco ambiente, y conseguí apoyar mi abrasada frente contra las dadas, y escuchar la respiración de entrambos.

Durante unos momentos quedó todo en silencio, y luego Hania murmuró: